

WICKE, CHARLES R., *Olmec, an early art style of precolumbian Mexico*, The University of Arizona Press, Tucson, Arizona, 1971, xvii + 188 pp. 38 figuras, 9 tablas.

Es un nuevo aporte al acervo bibliográfico de la cultura olmeca, enfocado casi exclusivamente, desde el punto de vista del desarrollo del estilo artístico. Como resultado el autor plantea una nueva hipótesis sobre el posible foco de origen y difusión de la cultura olmeca, poniendo en duda las anteriores teorías sustentadas por Covarrubias, Caso, Coe, Piña Chán y otros.

Se inicia la obra con el resumen de los hallazgos e investigaciones que, sobre esta cultura se han realizado y comprende desde las primeras publicaciones hechas por José Melgar y Alfredo Chavero en 1862 y 1887 respectivamente, hasta los reportes de Coe, en 1966.

Esta parte incluye las principales hipótesis sobre el origen, desarrollo y difusión de la cultura olmeca: apunta la posición difusionista de Ekholm, que ve su origen en las culturas asiáticas. Enumera también las de quienes ven el nacimiento, desarrollo y difusión de lo olmeca dentro de Mesoamérica, como Covarrubias, Piña Chán, Caso y Coe.

Después de este recuento, el autor entra en el campo del arte y el estilo buscando en ellos la explicación de la cultura olmeca. Toma a Kroeber,¹ como base de sus ideas centrales, sosteniendo que la historia de las artes es la historia de los estilos. Discute además sobre el estilo y la conducta humana y del arte como parte de la tradición cultural, justificando así su idea de que el arte responde a los intereses de una sociedad y que el cambio de los estilos puede reflejar el cambio de las sociedades.

Para el análisis de esta cultura desde el punto de vista de la evaluación de su arte se apega el autor a varias teorías, no sólo de índole estética, sino también antropológica, psicológica y sociológica. De esta manera aplica las teorías del *continuum* de Redfield, de las *series* de Beardsley y las *ideas* de Sorokin, Marx, Freud, Durkheim y Fischer al estudio del desarrollo y evolución de los olmecas.

Wicke llegó a sus conclusiones finales aplicando la técnica estadística de la escala de Guttman —escalograma— al análisis del estilo artís-

¹ Kroeber, A. L., *Style and Civilization*, Cornell University Press, Ithaca, 1957 (versión en español: ed. Guadarrama).

tico de la escultura olmeca, tanto en el arte monumental (cabeza colosales), como en el arte mobiliario (hachas votivas), tratando de comprender la evolución de esta cultura a través del arte. Por este análisis encontró que las piezas muestran evoluciones constantes y regulares a través del tiempo. Así, las cabezas presentan cambios en la expresión facial, que van desde la serenidad y la sonrisa disimulada, hasta una falta total de animación, así como cambios en sus medidas y en detalles de la cara. Las hachas votivas, también muestran cambios a través del tiempo.

Después de este examen el autor dice:

yo considero tales interpretaciones, suficientemente sólidas para permitimos inferencias más amplias. El estilo olmeca podría haber evolucionado en la forma como ha sido deducido. Esto nos llevaría a explicar el problema olmeca en varios aspectos: El origen geográfico de su arte, el papel de la Venta en su historia y la influencia de su arte en el de culturas más tardías. . . (p. 136).

De los resultados obtenidos y por los hallazgos de Coe en San Lorenzo Tenochtitlan, Wicke piensa que las cabezas colosales indican cambios en el poder político, que pasó de San Lorenzo a La Venta y de allí a Tres Zapotes; aunque no se explica cuál fue el fin de este sitio.

Ve reminiscencias de prototipos olmecas en otras culturas, como en la maya: nichos, niños, prisioneros o esclavos a los pies de personajes, y en las culturas del centro de Veracruz, donde el típico entrelace del Tajín pudo tener su origen en lo último olmeca: Tres Zapotes y Chalcatzingo, lugares donde debe buscarse el origen de este motivo en el arte mesoamericano. Las semejanzas y conexiones de esta cultura con otras, no mesoamericanas, pueden deberse, no necesariamente a migraciones sino más bien, a reflexiones sobre ideologías semejantes, producto de un substrato común.

Las hipótesis de Ekholm, Covarrubias, Caso, Coe y Piña Chán, sobre el origen y difusión de la cultura olmeca, lo llevan junto con sus observaciones a considerar que debe haber surgido en las tierras altas, particularmente en la Mixteca, en el oeste de Oaxaca, siendo San Martín Huamelulpan el sitio clave de su origen. Sus razones, entre otras, son que ahí se encuentra lo más arcaico de esta cultura, su enclave en el corredor que conduce al corazón de la tierra olmeca por un lado, y por el otro a Guerrero; su situación geográfica, que permitió que del estilo allí originado, derivaran y se desarrollaran los estilos de Monte Albán y del Golfo. Lo cual, por su cercanía al área de evolución de la agricultura, permitió el pronto desarrollo de la división del trabajo, el nacimiento de la religión, etcétera. Wicke cree, que se puede hablar con cierta seguridad de que el primer avance importante de la ideología olmeca tuvo sus inicios en la Mixteca Alta de Oaxaca.

El libro está prologado por el doctor Ignacio Bernal.

En la obra se notan los años que pasaron desde que fue escrita (1967); la ausencia en su bibliografía, de dos importantes libros publicados en

1968² y la de numerosos artículos aparecidos desde 1967, ficha bibliográfica más reciente que utiliza. Sin embargo, un libro que muestra un nuevo y diferente enfoque de un problema, siempre será interesante, y el de Wicke lo es. A pesar de ello, puede criticarse la superficialidad en que a veces cae, sobre todo en los primeros capítulos; así como, el que haya tomado una hipótesis obsoleta, tal vez porque servía de apoyo a la suya. Tal es el caso de la sustentada por Piña en 1955 y que el propio autor abandonó en 1964.³ No obstante, esto no le resta interés y deja abierto un nuevo camino a los investigadores de esta cultura, que verán en su enfoque otra posibilidad a seguir en sus investigaciones.

LORENZO OCHOA SALAS